

Mucho se ha escrito recientemente acerca del espejismo de que somos víctimas al pensar que la completa gratuidad de la educación superior representa una valiosa conquista social. En verdad, un examen superficial del problema parecería confirmar dicha tesis, que por largo tiempo hemos tenido por un dogma. Sobre todo, en Venezuela encontramos un gran arraigo en la creencia de que la gratuidad de las universidades nacionales y la proliferación anárquica de la beca-dávica constituyen puntales de nuestro avance social.

Un examen concienzudo del problema pone de manifiesto que en realidad no es tan simple el asunto como hemos estado acostumbrados a considerarlo y de que valdría la pena realizar una reevaluación del sistema de financiamiento de la educación superior.

La opinión pública está hoy en día bien enterada de que el Estado venezolano invierte anualmente en educación más de mil quinientos millones de bolívares, lo que representa más del 16% del presupuesto nacional. De ellos casi una tercera parte constituye el presupuesto de las universidades nacionales con una matrícula vecina a los cincuenta mil estudiantes; en cambio, las dos terceras partes se reparten entre más de dos millones de estudiantes de primaria y secundaria. Por otra parte, los medios de información destacan cada día los déficits de las universidades y sus permanentes problemas económicos. Es evidente que las asignaciones correspondientes, o bien son insuficientes o no están correctamente administradas. Posiblemente, la verdad sea una combinación de ambos factores. Dondequiera que son los dineros del Estado los que se administran, es posible hacer reajustes y economías. Pero también es cierto que los costos de la universidad son muy elevados y la tendencia es a que sigan aumentando. Para citar tan sólo un ejemplo, de un país donde ciertamente no se derrocha dinero como es la Gran Bretaña, se estima que actualmente un estudiante cuesta aproximadamente mil-libras esterlinas por año (unos diez mil bolívares). A primera vista parecería que nuestros costos están a un mismo nivel que los de las universidades británicas. Nada más ilusorio, desde que la "mortalidad" en nuestras universidades y el número de repitientes y arrastrantes hacen que el rendimiento sea bajísimo, habiendo llegado a límites increíbles, estimándose el índice de pérdida en un 79,4% para 1968, o sea que de cada 100 estudiantes que ingresan a la universidad sólo se gradúan 20,6. En cambio, en las universidades británicas la merma observada, es decir, el número de estudiantes que una vez admitidos a la universidad no llegan a graduarse, es tan sólo un 14%. De ellos más de la mitad se excluyen voluntariamente o bien son separados por la universidad en el curso del primer año, reduciéndose

así las pérdidas de dinero público. Estas cifras globales de un 14% de pérdidas son las que se observan en las mejores universidades norteamericanas, por ejemplo, Harvard, Yale o Stanford, debido a los criterios altamente selectivos empleados para escoger a su alumnado; por lo contrario, en las universidades estatales, donde mínimas calificaciones dan al aspirante el derecho a entrar a la institución, el índice de pérdida se ve incrementado hasta un 50%. En Holanda llega a un 50%; en Francia, donde aparte de las **Grandes Ecoles**, el **baccalauréat** (con todo y lo bueno que es) califica para la entrada a la universidad, la mortalidad llega a un 50%; en Rusia, a pesar de la estricta selección, llega a un 20%. De modo, pues, que nuestra cifra, vecina al 80%, amén de nuestra tolerancia con aquellos alumnos que fracasan en los estudios, pero que se siguen inscribiendo en los cursos regulares, constituye un verdadero derroche, que convierte nuestro sistema en dispendioso e ineficaz.

Es además muy dudoso que podamos seguir inyectando fondos al sistema en la misma generosa proporción en que lo hemos venido haciendo en los últimos doce años. No hay, pues, otra alternativa que la de buscar y encontrar fuentes adicionales de financiamiento para permitir el crecimiento de las instituciones de educación superior (no de las universidades individuales, sino del sistema, ya que bien sabido es que ninguna de ellas, aisladamente, debería sobrepasar los 10.000 alumnos).

La anomalía más patente de nuestro sistema en las universidades nacionales consiste en la sistemática y universal exoneración de todo costo a todos los estudiantes, desde que un buen número de ellos podría contribuir a pagar por lo menos parte del valor de su educación, ya que los ingresos económicos de sus progenitores así lo permite. En casi todas partes del mundo hay que cancelar una matrícula para que un estudiante pueda cursar estudios en la universidad, y se obtienen becas u otras ayudas económicas para absorber los costos de aquellos aspirantes que, habiendo cumplido con los criterios mínimos para la admisión a la

universidad, carecen de los medios económicos necesarios. Aunque en muchas partes el monto de la matrícula representa tan sólo una fracción del costo real por estudiante, de todas maneras podría contribuir en forma sustancial a mejorar las finanzas de nuestras universidades. Para establecer quién paga y quién queda exonerado bastaría, como en Colombia, examinar las declaraciones del impuesto sobre la renta de los padres del alumno. Está demostrado hasta la saciedad que la enorme mayoría de los estudiantes universitarios de todos los países proviene de familias acomodadas de la clase media, quienes pueden contribuir en forma sustancial a proporcionarles educación a sus hijos. Estudios llevados a cabo en varios países en años recientes establecen la regularidad de este fenómeno, que se observa también en los países socialistas. Estos jóvenes, que vienen de los estratos económicos más favorecidos de nuestra sociedad, tienen, entre otros, una ventaja considerable sobre la minoría de extracción campesina u obrera al haber estado expuestos a lo largo de toda la vida, en su propio hogar, a las más diversas inquietudes culturales, inexistentes en éstos. Por ello, cuando extendemos la **gratuidad de la enseñanza superior a todos los aspirantes**, sin distinción de condición económica, estamos cometiendo una injusticia social, obligando a los contribuyentes (que es la inmensa mayoría) a subvencionar a un grupo elegido, entre los cuales hay muchos económicamente solventes que deberían contribuir a pagar sus estudios.

Es tal vez duro admitir los hechos tal y como son, pero es una verdad tan grande como una montaña que ningún Estado del mundo actual podría darles educación a todos sus ciudadanos, aun si tuviesen la capacidad intelectual necesaria para aprovechar estos conocimientos. En los momentos presentes el país que va a la cabeza del mundo en este sentido son los Estados Unidos, donde cerca de un tercio del grupo por edad correspondiente recibe alguna forma de educación superior. En Gran Bretaña sólo un 10% va a las universidades, y los planes presentes aspiran a un aumento del 20% en diez años

# Financiamiento de

# la Educación superior

Francisco Kerdel Vegas

y hasta un 30% en veinte años. En el Canadá la proporción llega a un 20%. En otros países europeos, como veremos en seguida, las proporciones varían entre un 7 y un 14%.

El concepto de que el acceso a la universidad es un proceso altamente selectivo y competitivo está firmemente arraigado en todos los países avanzados del mundo. En nuestro medio existe una gran confusión al respecto y lamentablemente se ha hecho mucha demagogia barata en relación con los exámenes de admisión y el llamado "cupo", que son objeto de frecuentes revisiones e imputaciones y que en el momento actual parecen ser centro de la artillería de aquellos grupos menos calificados académicamente.

Las estadísticas publicadas por la UNESCO, en su informe de noviembre de 1967, revelan que el crecimiento en el número de estudiantes que ingresan a las universidades europeas ha sido de 9% por año. En Alemania Occidental, en 15 años, el número casi se ha triplicado; en Francia ha superado ese factor de multiplicación. La proporción de la población general, en el grupo comprendido entre los 20 y 24 años de edad, que cursa estudios universitarios para el año 1965, es la siguiente:

Alemania Occidental .....	8,9
Bélgica .....	14,1
Dinamarca .....	8,5
Finlandia .....	11,4
Francia .....	14,1
Gran Bretaña .....	8,5
Holanda .....	14,3
Hungría .....	6,8
Italia .....	7,7
Noruega .....	7,8
Polonia .....	13,2
Suecia .....	11,1

Estas cifras deben ser interpretadas cuidadosamente, ya que por sí solas no reflejan sino una parte limitada de la situación, ya que, como hemos señalado anteriormente, es el rendimiento del sistema el que nos puede proporcionar una información más veraz de la efectividad de las respectivas universidades. Como bien sabemos, en muchos países todavía sub-

siste un candente debate entre los dos sistemas de admisión, el de libre ingreso a la universidad, conocido como *laissez-passer*, y el de selección previa para un número limitado de plazas o de *numerus clausus*. Dondequiera que la tradición, e incluso preceptos legales, favorecen el primer sistema, la degollina generalmente se efectúa en los exámenes al final del primer año de estudios universitarios. Los resultados de este sistema dejan mucho que desear, elevando grandemente los costos y siendo frustrante tanto para los estudiantes como para los profesores.

El problema fundamental como está planteado a los estadistas contemporá-

neos es si la educación masiva universitaria es realmente el ingrediente indispensable para el crecimiento industrial. Aunque parezca increíble, es solamente en los últimos años que se ha venido aceptando esta tesis, debido, sobre todo, a la influencia norteamericana. En 1962 el profesor Edward Denison estimaba que la educación había sido responsable de un aumento del 42% en los ingresos reales en los Estados Unidos. Robert McNamara declaró en febrero de 1967: "¿Cómo se puede cerrar la brecha tecnológica? En última instancia sólo se puede eliminar en su origen: en la educación. Europa es débil educacionalmente. Y esta debilidad está estropeando seriamente su crecimiento. Es débil en educación general; es débil en su educación técnica; y es particularmente débil en su educación gerencial."

El reto de expandir las universidades para permitir formar más tecnólogos y administradores ha sido aceptado por la mayor parte de los gobiernos.

La misma medicina habrá que aplicarla, tarde o temprano, en toda Latinoamérica. La diversificación de nuestra universidad, con sus carreras profesionales clásicas, es una necesidad perentoria para nuestro desarrollo.

\*\*\*

*Establecidas las premisas por las cuales es necesario favorecer el crecimiento del sistema universitario y diversificarlo, para permitir que una mayor proporción de nuestra juventud tenga los beneficios de una educación superior y para formar los técnicos y administradores que el país necesita para su desarrollo; de que el cobro de una matrícula a los estudiantes que pueden cancelarla es un acto de justicia social; de que la selección previa a la entrada a la universidad es un sistema deseable; nos quedaría todavía por encontrar un procedimiento adecuado para contribuir adicionalmente a financiar los altos costos de mantenimiento de las universidades.*

*En este sentido vale la pena interesarse en la posibilidad de establecer un sistema de crédito educativo.*

*Desde que los estudios universitarios, de pre y postgrado, proporcionan a quien los recibe conocimientos que capacitan para desempeñar posiciones mejor remuneradas dentro de la sociedad, nada más lógico que establecer un sistema que permita facilitar préstamos a aquellos que, teniendo la capacidad necesaria para seguir estudios universitarios, carecen de los recursos económicos para mantenerse.*

*El crédito educativo podría constituir en nuestro medio una valiosa herramienta de promoción social para alcanzar los estudios superiores, al facilitar el acceso a los mismos a todo estudiante capaz que carezca de medios económicos, y creando un sentido de responsabilidad y de seriedad de gran significado en el medio universitario.*